

Prólogo de José María Merino, escritor y académico de la Real Academia Española.

La sustancia de la poesía está en el sentimiento y en el pensamiento enhebrados a través de la metáfora, procurando la concisión expresiva y, en ella, cierta cadencia que me atrevo a denominar *musical*. Y envolviéndolo todo, por supuesto, la mirada del autor, que puede tener tantas facetas como poemas e incluso como versos. Desde tales perspectivas, este libro de Santiago G. Varas presenta diversos aspectos singulares, que lo hacen muy sugestivo en el panorama actual de nuestra poesía.

Compuesto de trece apartados, el libro se divide a mi juicio en tres partes, aunque la mirada que da título al conjunto, el *divino aburrimiento*, lo impregna todo, en mayor o menor medida, desde una posición por lo general sarcástica y satírica, que en el Siglo de Oro iluminó poemas memorables de Lope de Vega, de Góngora, de Quevedo...y que parece que ha desaparecido de nuestro ámbito poético, aunque hay que señalar que, en esa atmósfera generalmente satírica del libro, hay también espacios de un lirismo sin carga de ironía.

El propio autor define su proyecto en la brevísima presentación, al señalar que... *hay un tedio mundano, otro estético y otro celestial. El tedio lo invade todo*. Así, el juego poético con el “tedio” dará su peculiar solidez al poemario, que está constituido desde esa concisión a la que aludí, y a veces con súbitos juegos de palabras, procurando mantener el discurso dentro de una ajustada brevedad expresiva.

A mi entender, hay en el conjunto tres áreas de versos con ciertos matices “argumentales” diferentes. La primera estaría constituida por los tres primeros apartados: *Tedio estético, El estado del bienestar y Cielo adentro*.

En *Tedio estético* conoceremos las primeras alusiones al “estado estético estático”, al “alargamiento del pétreo sentir, del dulce dormir...”, a la repetición “que origina aburrimiento y languidez” a la “dulce condena del eterno tiempo libre”, y, en medio de un mar metafórico, escucharemos a Perséfone, diosa del inframundo. La insistencia en el tedio (“divino estado”, *patética poética*) que todo lo impregna -tiempos (*suma de instantes*) y espacios- empaparán el texto de una supuesta melancolía que, como comprobaremos, el tedio dominante no permite fructificar.

En *El estado de bienestar*, dividido en dos partes, el poeta pasa con mucho esmero a exponer más directamente -pero sin abandonar la bien medida distancia retórica -la “poética adaptada al confort”, *la dicha de tener ducha y hucha*-. “El bienestar es un dulce sopor al que sucumbo cada día”, dice, para concluir sarcásticamente. Completarán este inicio los ángeles, los jardines en que habitan, sus coros; lo que el autor llama “angeología sonora”... entrará en el texto, para concluirlo con una pesadilla: que la vida es finita. *Cielo adentro* cierra todo el apartado desde el “feliz aburrimiento perfecto”, un soñar en el cielo que el lector asume como una burla, expresada con divertida suavidad.

Constituye, en mi opinión, la segunda parte “argumental” del conjunto -esta menos satírica, como apunté, e incluso en ocasiones dejando aparte la ironía- la que se inicia con el apartado *El origen de los sonidos*, al que siguen los poemas *Horacio/Lucrecio, Sensaciones del ser que no siente y Ser anónimo*, y el conjunto de poemas titulado *Ritmias*.

El origen de los sonidos marca el tema principal en esta parte, donde “la realidad espera su sentido sonoro” y los sonidos, exteriores e interiores, la música y la comunicación entre sonido y tiempo, son los supuestos elementos que le dan significación a la existencia. *Existo, nada lo*

expresa igual, dice el autor, que en la *Presentación* ha señalado que “la única verdad es que el mundo real es música”.

Horacio/Lucrecio, (*Historia de un personaje solo capaz de sentir ilusión o hastío*) es un poema narrativo, con espíritu de romance, en el que se utiliza con finura el tema del doble, se descubre el hastío -*cuando la música te deje*-. “Y Horacio no entiende, /cuál es nuestro papel en todo esto. /Siempre un mismo recorrido/ por pasillos y pasillos, / de ilusión hastiada”, con la aparición de una Priscila que redondeará el sentido existencialista de todo el poema, para concluir afirmando: “No hay regla en tan mutante mundo”.

Los dos siguientes poemas, *Sensaciones del ser que no siente* y *Ser anónimo*, exponen con delicadeza, el primero, “un espacio rodeado de cosas inútiles” y el segundo, que somos seres anónimos, instalados “en un vacío tan grande, que se sale por las ventanas”.

En cuanto a *Ritmias*, *Sensaciones estéticas*, que considero también perteneciente a esa segunda parte “argumental” del libro, comprende ocho espléndidos poemas homenaje a la música del mundo y de la vida.

En esa oculta división en partes que yo aprecio en el libro, la tercera y última sería la que comienza con los *Relatos (en prosa poética)* donde el fundamento poético no excluye ciertas composiciones con sentido de microrrelatos y un sutil espíritu apologeta. En *Hechos de historia*, conoceremos a *el hombre que tenía derecho a reír*, y que resulta que no lo tenía...y a *el hombre que tenía un tesoro de oro*, acumulando escombros y basura. En *Bello y miedo*, la mirada del autor se tiñe de parábola surrealista para describir una navegación por el mar y por el sueño macabro, donde es indispensable no detenerse para no escuchar los “cantos que hieren...”.

Evolución reúne diecisiete textos muy breves -con alguna excepción.- en los que vamos conociendo que “el primate sigue ahí, dando vueltas, dentro” o que “para no aburrirse, se descubrió la muerte”, o se nos pregunta si “se hizo para nosotros este mundo”; y redescubrimos *el tedio de todo* “entre fatiga y sueño que transcurre, río o sombra...”, y que “los lugares dormían de día y de noche se escondían”, sin que el poeta se pregunte “si es agradable la vida”, ni cese “el tedio estético”, ni deje de gravitar sobre todo el *Dios del aburrimiento*.

El ser condenado y el aburrimiento, apoyado por un verso de Petrarca, anuncia el final del poemario, y en él se enumeran ciertos aspectos tan esperanzadores como decepcionantes: “servir-seguir algún sueño”, sería el primer eco de lo bello; “la esperanza” sería el segundo sonido de lo bello; “la modorra como sombra del sinsentido”, el tercer sonido; “el consuelo de lo bello”, el cuarto...

Y el libro concluye con tres textos: *La religión verdadera*, *Qué es la muerte* y *Versos aparte*. En el primero, una visita a la “ciudad verdadera” entre súbitas y catastróficas ruinas seguidas de repentinas restauraciones, nos permitirá saber que es el camino lo que importa. En el segundo se exponen sucesivas y contradictorias visiones de la muerte. En el tercero se juega con ciertos trabalenguas: “El tiempo roe corre corroe...”, “Ruidos roidos idos...”, “El cuento del recuento, lo cuerdo del recuerdo”...

Un libro insólito que, desde lo metafórico, con gracia significativa y perspectivas estéticas estimulantes, analiza ciertos aspectos profundos de nuestra realidad íntima y colectiva.

José María Merino